



CHILE 1973

SOÑE QUE LA NIEVE ARDIA

¿COMO CONTAR UN SUEÑO DESDE LA MUERTE?

El problema de Skármeta es cómo dar forma a tantas desgracias juntas, como componer alguna figura con las ilusiones segadas, con los miembros desparados por el golpe del 11 de setiembre de 1973.

Cómo dar forma y la necesidad de dar forma. Todos los protagonistas han tenido que hablar muchos días, varios años para tender un puente de tiempo sobre este tajo total, para hacer una luz sobre el caos, para que la sal amarga no cuarteara los cuerpos por dentro. Todos han tenido que hablar. Un narrador necesita también escribirlo para despegarse de la fosa, para subir de la catástrofe al lugar de lo posible.

Y qué palabras encontrar más allá de la imprecación y el llanto, más allá del canto coral, de elegía. Y qué otra historia contar sino la de la Unidad Popular. Y qué drama sino la lucha por el poder y la novedad de vida. Pero todo eso es materia pública, son palabras publicadas, imágenes multiplicadas en afiches y periódicos, análisis emprendidos en institutos de investigación, documentos políticos. ¿Cabe aquí la novela como creación literaria? En el caso del Chile del 73 la materia novelable tiene tal prestancia y está ya tan codificada en la mente de cada lector que no admite fácilmente ninguna transformación ni reinterpretación. ¿Como convertirla entonces en objeto de creación? ¿Cabe aquí la novela más allá del realismo social del XIX y de su chata versión socialista? ¿Y tiene sentido a estas alturas la novela friso histórico, la novela crónica social, la novela testimonio?

Skármeta parece pensar que no se trata de novelar la historia, que no se trata de repetir la vida. Por eso ensaya lo insólito, lo marginal, lo fabuloso, combiniándolo con el chorro del habla y con la

narración dramática. Cae en cuenta del problema que representa la narración frontal de los hechos. Sabe que debe moverse en la zona de la elusión/alusión. ¿Logra componer un espacio propio en el que se represente el todo?

TRES HISTORIAS Y TRES ESCRITURAS

En la novela hay tres historias y tres escrituras: la primera es la historia del joven futbolista que viene del sur a conquistar la capital; viene a triunfar, no duda de su capacidad futbolística; sólo le interesa su meta. No ha estado con ninguna mujer: esa es su espina que espera sacarse pronto. La segunda es la historia del Señor Pequeño, animador, ilusionista, actor, hombre que posee sueños, y La Bestia, su socio, el gigante pacífico y filial. La tercera es la historia de un grupo de jóvenes de la Unidad Popular. Las tres historias confluyen en una pensión y se mezclan o se superponen, y de la pensión se descuelgan otras historias.

La historia del futbolista es una historia en tercera persona, pero el narrador no sabe sino lo que ve y lo que ve es fragmentario, súbito, brusco. La cámara está próxima al futbolista, asistimos a sus reacciones, participamos de su linealidad quebrada, de sus tiempos en blanco, de su desconcierto. No es una cámara que aceche y cosifique al personaje aprovechándose de su carácter invertebrado. Es la narración por el contrario la que se vuelve desarticulada.

La historia del Señor Pequeño y La Bestia está escrita líricamente, pero es una expresividad totalmente objetivada, es decir narrativa; la subjetividad pone un mundo con leyes propias, personajes fantásticos, desenlace maravilloso. Un mundo que de un modo extraño pero natural aparece en determinados momentos situado en este mundo: los dos personajes toman vino, son llevados por extraños poli-

ANTONIO SKARMETA: Soñé que la nieve ardía. Edit. Planeta, Barcelona, 1975, págs. 228.

cías, animan un show musical, son perseguidos y molidos a palos, no tienen dinero. El enlace se lleva a cabo frecuentemente a través de su papel de actores.

En la historia de los jóvenes de la Unidad Popular la escritura es el habla, un habla común, con matices personales pero un mismo aliento, con escuetas indicaciones a veces para indicar el cambio de personajes, pero escrito todo seguido prescindiendo del punto para indicar hasta en la grafía que todo es una misma cálida onda, apenas sin estructuras, más vale pecar de ininteligibilidad que de congelamiento: un proceso vivo.

Hay otros hilos secundarios, desde la narración totalmente objetiva de la comida en casa de los momios hasta la narración en primera o segunda persona de otros personajes que están en línea con el proceso.

Como vemos, la novela elude la crónica histórica. La historia del futbolista actuaría a modo de símbolo y la del Señor Pequeño a modo de fábula. Ambas serían de significantes respecto a la historia de los jóvenes de la UP; serían como venas para este torrente de sangre o caparazón para este cuerpo enteramente sensitivo o forma para estas hablas ininterrumpidas.

LA PALABRA VIVA

Estas hablas ininterrumpidas serían el núcleo de la novela, que de este modo se convertiría en lírica dramática. Expresión e interpelación; transformación humana por medio de la acción de la palabra hablada. Porque la novela no sería tanto un análisis de las condiciones objetivas o la narración de las actividades de un grupo juvenil de la UP o la crónica de sus luchas contra las fuerzas del pasado lanzadas a la rebelión abierta. Se trataría del proceso interno de asimilación de las nuevas actitudes, de las nuevas reglas de juego, se trataría de triunfar de uno mismo: de las depresiones, de los arrebatos, de la creciente dureza de las condiciones sociales y políticas. Y esto no mediante el autoconvencimiento y la introyección individuales sino a través del diálogo, diálogo totalmente personalizado volcándose en él completamente los compañeros porque no se trata sólo de entregar consignas ni menos aún de avasallar o indocinar sino de constituir a golpe de vida una persona social solidaria, un grupo personalizado en que la libertad más profunda sea simultáneamente la entrega incondicional. Y por eso la expresión es coloquial, libre, áspera y tierna.

LA FÁBULA

La historia del Señor Pequeño sería como un correlato total de la historia. Sería su versión en clave de fábula: la histo-

ria de una ilusión, su esencia hermosa y la imposibilidad de su realización.

Dos veteranos actores se asocian de nuevo para hacer un número. Adaptan sus sueños a sus posibilidades, lo ensayan y cuando, tras mil vicisitudes, lo están representando entre un pueblo encantado son agredidos, deben huir y terminan medio muertos entre desechos; sin embargo se rehacen y siguen su camino hasta encontrar la medida exacta de sus sueños.

El mundo como una fantasía, como una fiesta, como una representación que en su cenit es destrizada y acaban los cuerpos sangrantes en un basurero, aunque ese no es el fin: la ilusión es preservada e ilusoriamente se realiza. La Bestia -Angel sería su nombre real- es abatido por los milicos para que siga viviendo el Señor Pequeño -uno de los jóvenes de la UP- y realice sus sueños.

EL SIMBOLO

La historia del futbolista al encontrarse con la historia de los jóvenes rompe la onda continua de la locución, entra el narrador en tercera persona y establece la narración dramática. Sucede el mundo en la novela, no sólo como lo mentado en las conversaciones de los jóvenes pero siempre manteniendo afuera por el poder de la onda compacta de las palabras, sino como lo que se presenta con vida propia y hostil y actúa sobre los jóvenes rompiendo el globo de sus ilusiones y obligándolos a la acción, al repliegue.

Es que la historia del futbolista sería en su contenido el contrapunto de la pretensión de los jóvenes de la UP. El es el pueblo que no cree en nadie, ni en él. No tiene mito. Su profesión es un cálculo frío para triunfar. Triunfar en un mundo de escasez es triunfar sobre los demás y para eso uno debe guardar sus secretos profesionales. El viene a la capital con su mercancía y la va a vender caro.

Las voces alternas de dos locutores deportivos son los que nos transmiten en su lenguaje completamente impostado, artificial la historia de esta pretensión del joven futbolista: su gloria, sus debilidades, el triunfo que le escamotean, su caída. Ese lenguaje grandilocuente y vacío es el que nos transmite el contenido de las aspiraciones del pueblo, de las aspiraciones cultivadas por esta sociedad encubridora. La narración dramática nos trasmite la verdad, no del personaje fabricado y deshecho por la sociedad de consumo, sino de la persona castrada por ese personaje en ciernes. La persona que no ha conocido mujer porque, absorbido por la perspectiva de su triunfo individual, no puede concebir el sexo como conocimiento personal

La irrupción del futbolista, que en el primer momento corta el chorro de las

conversaciones, entabla luego una relación dramática: el intento de agresión sexual del joven fracasa, también fracasa por otra parte el intento de asimilarlo a la práctica política. Pero, apurando soledades, cobardías y fracasos, se entabla un principio de colaboración personal que las dificultades profundizan. Se rompe en el futbolista el personaje y nace la persona; nace al comienzo como necesidad e indefensión que se vuelven comienzo de solidaridad. Entonces puede conocer mujer.

Cuando con el golpe todo acabe, él retornará adonde vino y allá comenzará a vivir vida propia. Esa es la esperanza, el fruto del proceso de la UP. De este modo el final-principio del futbolista coincidiría con el de la fábula del Señor Pequeño y revelaría otro de sus sentidos.

Esa misma esperanza recogería el último capítulo en el que toma la palabra el dueño de la pensión para derramar su tristeza y su nostalgia ante otro personaje y el autor ante el lector hecho interlocutor, metidos en este chorro que si es a una sola voz y se refiere sólo al recuento de la tragedia no es porque ahí acabe todo sino porque "usted comprenderá compañero / que por la boca muere el pez" (227), porque en este tiempo de represión las palabras que no han muerto ni se han rendido son impublicables, pero siguen manando y mañana se recogerán con alegría para componer con ellas la figura del hombre nuevo.

LA ELEGIA

Repetimos la interrogante del comienzo: ¿Logra componer un espacio propio en el que se represente el todo? Creemos que el intento es memorable, pero la novela no cuajó. El joven futbolista como personaje no tiene suficiente vida propia; de este modo más que símbolo vivo parece a veces alegoría: traducida su esencia dejaría de existir. El grupo de jóvenes de la UP está visto un poco como a través de un lente sentimental que lo recubre de un humor acuoso en el que los perfiles no quedan tan netos y los conflictos internos son superados a bajo costo: todo se concilia emotivamente. La visión general que ofrece es la de una Unidad Popular idealista en el sentido peyorativo: cordial, generosa, pero un tanto apendecada. La elegía se traga en cierto modo la narración. No es una novela suficientemente expresada; la emoción no se objetiva suficientemente, los personajes y la situación son demasiado criaturas del autor.

De todos modos creemos que es un nuevo paso, más ambicioso y profundo, del Skármeta que conocimos en sus magníficos cuentos donde lo popular, lo insólito y lo tierno fluían tan airoosamente, y era ya tan neto el encuadre político. ○